



La persistencia del medioevo: ensayo sobre el pensamiento científico y académico en la era de la posverdad

Carrera Aguila, Ricardo

La persistencia del medioevo: ensayo sobre el pensamiento científico y académico en la era de la posverdad

CIENCIA *ergo-sum*, vol. 31, 2024 | e258

Ensayo

Universidad Autónoma del Estado de México, México

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.



Carrera Aguila, R. (2024). La persistencia del medioevo: ensayo sobre el pensamiento científico y académico en la era de la posverdad. *CIENCIA ergo-sum*, 31. <http://doi.org/10.30878/ces.v31n0a43>


La persistencia del medioevo: ensayo sobre el pensamiento científico y académico en la era de la posverdad

The persistence of the Middle Ages: An essay on scientific and academic thought in the post-truth era

Ricardo Carreera Aguila

Universidad Autónoma del Estado de México, México

campoarte@gmail.com

 <https://0000-0002-1687-7726>

Recepción: 6 de junio de 2022

Aprobación: 26 de agosto de 2022

RESUMEN

Se plantea una gran similitud entre la forma de construir y validar el conocimiento entre los periodos de la alta Edad Media y la época actual a partir de un análisis crítico de la forma en la que los medios masivos de comunicación y la opinión pública actúan sobre los pensamientos académicos y científicos. El análisis considera cuatro elementos: la posverdad como concepto actual, las consecuencias mediáticas que conlleva, la comparativa con el pensamiento medieval y el análisis prospectivo de nuestra realidad mediática. Como resultado, se concluye que un concepto aplicado en un inicio a la política estadounidense de 2010 se ha convertido en bastión de ideas y disparates que han devenido en un comportamiento irónicamente similar entre dos periodos históricamente disímiles.

PALABRAS CLAVE: posverdad, comparativo, humanidades, ensayo, pensamiento posmoderno.

ABSTRACT

A great similarity between the way of constructing and validating knowledge between the periods of the High Middle Ages and the present time is proposed, based on a critical analysis of the way in which the mass media and public opinion act on academic and scientific thoughts. The analysis considers four elements: post-truth as a current concept, the media consequences it entails, the comparison with medieval thought and the prospective analysis of our media reality. As a result, it is concluded that a concept initially applied to U.S. politics in 2010 has become a bastion of ideas and nonsense that have become an ironically similar behavior between the two historically dissimilar periods.

KEYWORDS: post-truth, comparative, humanities, essay, postmodern thought.

INTRODUCCIÓN

¿Qué habría pensado el célebre científico medieval Nicolás Oresme si le hubieran dicho que todo el conocimiento del mundo se encontraría recogido en un dispositivo que cabe perfectamente en la palma de la mano? Que con sólo mover un dedo podríamos acceder a textos, imágenes, fotos y hasta videos que nos ilustraran sobre sus investigaciones de la física y prácticamente sobre cualquier otro tema: historia, ciencia, astronomía, geografía, biología, música o artes.

¿Qué hubiese opinado de haber sabido que también por ese medio podríamos interactuar con personas no solo de nuestra localidad sino del mundo entero para intercambiar puntos de vista cotidianos, teóricos y culturales?

Si viajamos algunos siglos al pasado, imaginamos la alegría de puñados de científicos medievales y algunos renacentistas al enterarse de que sus conocimientos no estaban supeditados al clero ni a la escolástica y que tendrían apoyos económicos laicos para desarrollarse en cualquier campo de las ciencias.

Imaginemos también la emoción de todos los grandes teóricos al saber que podrían divulgar sus avances académicos por medio de un video o un blog electrónico sin tener que lidiar con la censura o los monopolios de la imprenta y el papel que golpearon al mundo moderno occidental desde la Ilustración hasta la Revolución francesa.

*AUTOR PARA CORRESPONDENCIA

campoarte@gmail.com

Los avances tecnológicos actuales y la nueva era de información nos colocan en una situación privilegiada que, tras las restricciones superadas en apariencia del medioevo, cualquier enciclopedista del siglo XVIII hubiese encontrado no solo fascinante, sino que lo habría descrito como lo más cercano al paraíso intelectual... Es inherente preguntarse si no hubiesen considerado a estas libertades como la puerta hacia la máxima evolución humana.

En este tenor, un pensador del pasado encontraría en la era actual la construcción de un hábitat cognitivo donde no existe ningún tipo de límite intelectual o científico. Una barrera socioeconómica de acceso al conocimiento: sería el aleph borgesiano en sí mismo.

Con seguridad, los científicos de la Ilustración habrían visualizado a la sociedad moderna como la más avanzada de cualquier tiempo, la más gloriosa, la más sabia, pero no es así: el exceso de información ha traído consigo también un exceso de irresponsabilidad en su análisis e interpretación.

¿Qué pasó en el camino? ¿En qué momento la utopía de la divulgación se convirtió en esta profunda y terrible hecatombe intelectual? ¿Cómo comenzó la nueva cacería de brujas que condena como prejuicio a cualquier estudio serio de las ciencias o las humanidades? ¿Es la inteligencia un instrumento retráctil que en el siglo XXI vive su peor momento?

1. LA POSVERDAD: UN CAMINO AL NUEVO PENSAMIENTO MEDIEVAL

El sueño enciclopedista que hoy vivimos está muy lejos de ser el ágora del conocimiento que antes se vislumbraba; es más bien parecido a una segunda Edad Media que se desempeña con mucha mayor voracidad e ironía que la anterior, porque la estamos viviendo en una era de información y libertades. Ya no es la Inquisición la que condena a la ciencia no eclesiástica para arder en la hoguera, sino que son los líderes de opinión, los nuevos movimientos que parecen odiarla, negarla, aniquilarla, para, así, no poner en evidencia que sus ideas no pueden asirse a ningún fundamento lógico, donde es mucho más importante la empatía por el comunicador que el argumento en sí.

En Estados Unidos, un país dentro del mismo continente cuyo descubrimiento sirvió para reafirmar el fin de las teorías geocéntricas y terraplanistas que impuso la iglesia medieval, se plantea desde hace más de diez años la teoría de una tierra plana o de una conspiración universal.^[1]

Podría estimarse que, comunicativamente, vivimos en la era de la posverdad, donde cualquier idea disparatada se convierte en una certeza para algunos si es emitida a través de los canales adecuados y replicada desde cualquier parte, hacia cualquier contexto, dentro o fuera de él: no se trata de saber, sino de creer, de construir una verdad a partir de las suposiciones que se validan colectivamente, abrazadas mucho más fuerte a la fe que a la razón.

Diego Bagú, profesor investigador de la Facultad de Ciencias e Investigaciones Astronómicas de la Universidad de la Plata, escribe sobre este problema:

En la era de la posverdad, toda opinión merece el mismo respeto, la misma transcendencia. Ya lo dijo el inolvidable poeta Discépolo, ¡Todo es igual! ¡Nada es mejor! Resulta que, para algunos, el revisionismo se ha convertido en una pérdida absoluta y total de todo criterio, en donde la realidad nunca se constata con los hechos. En lo que respecta particularmente a nuestro planeta, el mismo, aparentemente, “tiene forma de plano, en donde el Sol gira a su alrededor”, haciendo que nuestras ideas se retraigan más de dos milenios, reivindicando al mismísimo Ptolomeo y su sistema geocéntrico del mundo. Algo, literalmente, increíble (Bagú, 2019: 1).

El problema de la validación absoluta de opiniones disparatadas no se popularizó en un contexto científico sino político y ha dado lugar a un fenómeno comunicativo bautizado como *posverdad* que revisaremos en este artículo.

El término se utiliza en los Estados Unidos desde 2010 y fue elegida “palabra del año 2016” por el diccionario de Oxford para referirse a “circunstancias en que los hechos objetivos influyen menos en la formación de la opinión pública, que los llamamientos a la emoción y la creencia personal” (Ilades, 2018:34).

Cuando buscamos información sobre el concepto de *posverdad*, entendemos que, ontológicamente, pensamos en él como una estrategia tramposa para construir campañas políticas plagadas de engaños, donde la mentira

directa y malintencionada se emite a través de los discursos para establecer guerras electorales a favor o en contra de algún partido o funcionario público, pero esa mala intención con la que se construye un discurso alevoso puede ser también presa de la ingenuidad de quienes comienzan a creer en una subjetividad absoluta, como si se tratase de una concepción monista de nuestra realidad o, mejor dicho, de nuestra percepción de la realidad que transita torrencialmente por las venas de la falsa información global.

En perspectiva, podríamos decir que la idea de esparcir falsa información sobre hechos trascendentales a veces era castigado con cierta brutalidad. Durante el siglo X, la sociedad europea estaba sumida en el terror por los vaticinios del fin del mundo con la llegada del año 1 000, y la Iglesia tomó como decisión primordial controlar y condenar todo el conocimiento que no viniera de la sede oficial con el fin de evitar a los “falsos profetas”, quienes ponían en riesgo a la población con sus mentiras e intuiciones (Corsi, 2015) y daban lugar entonces a una “verdad única” emitida por una fuente oficial, pero era esa fuente dogmática en su totalidad, es decir, incuestionable. Con el Renacimiento y la Ilustración, el pensamiento humano evolucionó y divulgó con mayor ahínco el conocimiento científico como algo no absoluto que se alejaba de los dogmas, que se reflexionaba y que se acercaba mucho más a la lógica empírica que al dictamen eclesiástico. En la era de la posverdad ese cuestionamiento y duda que conduce a la resolución lógica parece haber vuelto a la incuestionable verdad del dogma.

La posverdad de los medios no es la misma posverdad de las masas: porque la gente misma puede creer que, en ese mar de relatividad sin estándares mínimos de calidad informativa, la masa puede convertirse en los propios medios. El sujeto es la nota, la noticia, el periodista, el análisis, el símbolo y la verdad al mismo tiempo. Sus objetivos trascienden la esfera de la imagen pública y personal para insertarse en un nuevo sistema de creencias y validación inmediata de la información, donde, para dotar de verosimilitud a cualquier fuente informativa, no hará falta recurrir a más herramienta que la intuición misma.

Para Jacqueline Fowks, el fenómeno de la posverdad tiene un carácter universal, atemporal y modal, donde la necesidad de ser partícipes activos de todos los hechos es intrusiva y pasajera:

No es privativo de un partido político ni de un país, sus síntomas existen desde hace décadas, pero en años recientes se ha desbordado, y sus expresiones son burdas. Con suerte, de cuando en cuando una versión falsa que abona en una manera distorsionada de ver las cosas es desmontada, pero el impulso de visibilidad del mensaje original suele ser mayor al del desmentido. Además, después suele surgir otro caso que entierre lo anterior, y el siguiente generará el olvido (Fowks, 2017: 146).

Resulta pertinente pensar en la cultura de la posverdad como el momento donde se valida el abrazo a nuevos dogmas que nacieron paradójicamente a partir de la intención de separarse de todo aquel pensamiento que no puede ser cuestionado; así, entendemos que las ideas de la posverdad también son dogmáticas: la nueva información es un acto de fe, basada en la creencia de que es más cierta conforme viene de alguien común y no de un medio especializado. La opinión pública se ha hartado tanto de la mirada del experto que ha tomado el timón de lo noticioso autenticándolo como la verdad misma sin dudar un momento del método por el que se llegó a ella, aprobada sencillamente por un gesto empático y no lógico.

2. EL NUEVO PENSAMIENTO MEDIEVAL: LA CREENCIA POR ENCIMA DE LA CIENCIA

En las entrañas de esta nueva realidad, la conjetura y la simple ocurrencia basada en la intencionalidad son tomadas como teorías y verdades instantáneas sin recorrer ningún tipo de proceso didáctico o metodológico; cosa que, contraria a la idea de la filosofía del aprendizaje presentada por De Fleur, que indica que ésta es fundamental para entender los efectos de la comunicación de masas en las audiencias (De Fleur, 1983: 229) nos permite vislumbrar que, en el siglo XXI, la audiencia misma es el medio comunicativo más verosímil, y la noticia es el suceso que se aprende mediante un empirismo indirecto. No hay experimentación de primera mano para llegar a ningún tipo de conocimiento: hay rumores, hay ocurrencias, hay supuestos... Sólo eso.

¿No debería llamarse a esto *charlatanería*? ¿No es parecido al concepto de *falsos profetas* que señalaba Corsi en su análisis medieval? Una práctica de orfandad ética que valida ocurrencias como el terraplanismo, la fobia a las vacunas o el cuestionamiento de cualquier atisbo epistemológico para erigir sus “nuevas verdades” sobre los triunfales hombros de los líderes de opinión que en su irresponsable reparto de suposiciones y disparates han construido un sistema de comunicación “intuitiva”, la cual, para muchos, es más real que la propia divulgación científica o social metodológica. Cualquier profesionalismo o especialización es condenada; es parte de su conspiración imaginaria.

Esto también fue planteado en Europa durante la Edad Media tardía y principios del Renacimiento, cuando la población se oponía rotundamente a la alfabetización por considerar que saber leer y escribir otorgaba herramientas corruptas de opresión y control, pues por medio de las letras y los libros se lograba que los tiranos cobraran más impuestos, encarcelaran inocentes o crearan leyes injustas (Chartier, 1985).

Pareciera que esa idea del universo y sus fenómenos como una creación que se solventa sobre teorías mágicas, pilar de las costumbres medievales (Strano, 2015), una vez más está apoderándose de las narrativas ideológicas para, de esta forma, vivir una nueva realidad. La intención, al igual que las oraciones religiosas, pareciera una metonimia del logro, es decir, para conseguir algo sólo basta con desearlo vehementemente. “No hay límites, no hay imposibles” rezan las frases motivacionales de nuestra era... ¿No es eso un camino de retorno al pensamiento mágico que primitivamente sumergió a la humanidad en diez siglos de ignorancia? Una de las máximas limitaciones del pensamiento medieval era atribuirle explicaciones mágicas y mitológicas a tragedias como la peste negra, siendo en específico uno de los factores determinantes para que persistiera durante casi una década y no se terminara mucho antes (Benedictow, 2020). Hoy el hombre de la posverdad encumbra de nueva cuenta explicaciones mágicas a los fenómenos históricos y científicos; se ha vuelto enemigo de la realidad, de los hechos, de los límites y no ha comprendido el proceso para generar ideas: que los hechos científicos son debatibles después de un amplio abanico de argumentación, experimentación y congruencia, no antes.

Pareciera que cuesta trabajo entender que una idea novedosa puede cambiar el curso de la historia siempre y cuando se le permita germinar en un suelo fértil y se le coseche con las herramientas adecuadas.

La nueva tendencia mediática de la humanidad ya no es pasiva, confunde ideas con ocurrencias y quiere plantarlas sobre un suelo pantanoso al argumentar que la ciencia debe negarse solo por el hecho de ser vieja. Esta idea no fue válida ni siquiera en la propia modernidad histórica occidental (atribuida al Renacimiento), porque no sigue más lógica que el círculo de hedonismo donde el hombre de la posverdad es el centro del universo, el gran ideal cartesiano que conceptualiza y realiza lo intangible simplemente porque podemos nombrarlo. ¿Por qué creerle a estas figuras y desinformados líderes de opinión?

La suntuosidad y la ostentación de bienes materiales ha formado durante siglos parte del ritual de confianza entre las masas y el líder: el poder y el dinero han brindado popularidad, empatía, aceptación y autoridad ética moral para que cada enunciado que se pronuncia sea tomado como verdad y, en consecuencia, la segregación de quienes no cumplieran con dichos parámetros. Esto sucedía en la Edad Media y sucede ahora: la fastuosidad eclesiástica y militar que durante en el siglo XII fue signo de poderío coercitivo (Dubey, 2005) hoy es el altavoz que dicta las opiniones y las tendencias del ideal comunicativo en las masas.

La democracia, vista como práctica política que retornó después de mil años de oscurantismo monárquico, parecía llegar para quedarse y no para convertirse en un peldaño en ascenso hacia una tremenda pendiente que en el siglo XXI retrocedería otra vez al punto de partida: transcurrir en un momento histórico donde las conquistas culturales son cada vez más poderosas que las invasiones bélicas, y donde la opinión pública no suele ser tampoco un acto del todo democrático, puesto que el gobierno mediático de “todos” no es la realidad ni la representación de la sociedad que cree representar: es la actual clase aspiracional la que considera está ejerciendo un acto absoluto con su toma de la verdad que deja de lado no nada más las condiciones socioeconómicas que limitan la participación de gran parte de la población, sino que en las sociedades que dictarán las nuevas tendencias, la colonización dependerá, al igual que en la Edad Media, de un capricho u ocurrencia

voluntariosa proveniente de la clase burguesa cada vez más convencida de que construir inconscientemente una realidad ficticia es hacer honor a un pensamiento moderno.

Sartori fue apocalíptico al inicio de esta era cuando a penas se vislumbraba la cibernética como un enorme aparato de control de la ciencia ficción. Para él, “la democracia de hace más de veinte años se llamaba *ciber democracia*, como metonimia de la democracia electrónica, un auto gobierno de los ciudadanos vía ordenador, lo cual abre las puertas a su ejercicio directo del poder, que, a su vez, se traduce en su práctica de absoluta libertad” (Sartori, 1997: 179).

No existe, en esta fuerza ideológica del nuevo pensamiento construido a partir de la intuición, una posición favorable para la inteligencia sino para la ocurrencia, y cualquiera debe ser válida so pena de ser catalogado como discriminación expresiva.

¿Por qué la posverdad no es democrática? Aparentemente, el hecho de que la opinión pública juzgue y valide las verdades sería un halo de luz en esta marea de penumbras que afecta al conocimiento, pero tomemos en cuenta que los medios donde se emite la información, es decir, las redes sociales son monopolios en las manos de millonarios que controlan de una u otra forma la información que fluye libremente por las venas de sus plataformas. ¿Hay libertad y democracia cuando se escribe en medios que pertenecen a dos o tres millonarios? Más bien se trata de una ilusión democrática que establece los propios diques en el infinito mar de información.

En este contexto, se cree pues que toda ciencia debe combatirse porque es un adoctrinamiento enajenante que no pertenece a la vida en redes sociales, como si se tratase de un “falso profeta” que está fuera de la fuente oficial, y se acusa al pensamiento científico de ser una doctrina o enajenación por el simple hecho de ser el discurso oficial que se enseña en las escuelas sin reflexionar ni un momento en el porqué de ello.

3. EL AMOR POR LA MENTIRA: LA CIENCIA QUE YA NO VALE NADA

Hay un epíteto común en las redes sociales: “Sólo porque algo tiene validez científica no tendrá más valor que mi ocurrencia, misma que afirma de que la tierra es plana y las vacunas son tremendas conspiraciones del nuevo orden mundial”. Aquí, se trata a los hechos y a la magia como dos metodologías equivalentes sin comprender que la segunda es la resolución primigenia e irracional de algo que la primera se esfuerza día con día en entender y explicar mediante hechos, a diferencia de las explicaciones mágicas que se basan en deseos, imaginaciones y promesas. Amar y creer esas mentiras es parte de la ilusión de novedad e innovación que germina en las ideas de la posverdad.

Los líderes de opinión están sumergidos en su propia psicosis y la ilusión de realidad que la vida virtual en redes sociales les provee. Hay un ejemplo reciente, el caso de la *influencer* Yeri Mua, modelo de tez morena que acostumbra modificar la configuración de las fotografías en sus redes para aclarar su tono de piel e “imperfecciones” en su rostro, y que en agosto de 2022 publicó la fotografía de su identificación oficial mexicana, donde su color de piel luce tal cual es, lo cual le provocó “odio” hacia la institución emisora al argumentar que “ella no era tan fea como la pintaron, que seguramente habían alterado la imagen”^[2] y habían tomado su imagen virtual manipulada como la verdadera y la capturada en una fotografía sin filtros de ningún tipo como la falsa. El ejemplo narra un extremo tremendo, producto de una perversión del mito de la caverna de Platón, donde la falsa realidad no la proyectan las sombras sino los deseos, y aquí no hay lugar para ningún tipo de evidencia ni comprobación, es decir, para el pensamiento científico que ha ido desvalorizándose en la psicótica y alarmante realidad de los medios y la audiencia.

Se ha escuchado que la perspectiva científica es un lugar de privilegio y la magia es donde reside la mayoría del paradigma real que rige a la humanidad, ya que fue la primera forma de explicar los fenómenos naturales, físicos o químicos, pero fue la ciencia la que permitió que las sociedades avanzaran en todos los campos del conocimiento, hecho que la ubica en un puesto que pretendiera ser panóptico, desde donde el raciocinio podría

presionar y construir una hegemonía discordante que confronta las certezas con las creencias; es decir, sólo una minoría privilegiada tiene acceso al conocimiento científico. Eso podría justificar el rechazo mediático que sufre, pero la mayoría de los juicios que validan al pensamiento mágico en redes sociales no están ni mínimamente conscientes de que tuvieron los mismos privilegios que condenan, ya que provienen de un sector social que tiene el mismo acceso a la educación que cualquier ideólogo racional.

Este nuevo mundo social, donde al parecer reina el precepto de la pluralidad, es unilateral en la posesión absoluta del paradigma dominante y hegemónico que gratifica la validación absoluta de todos los disparates publicados en las redes sociales, algo que puede ser definido como las nuevas formas de comunicación virtual, las que trivializan e inmediatizan todo.

Por ello, es muy fácil encontrar mentiras en la prensa que son reproducidas con una gran velocidad y suplantando a la realidad de forma en ocasiones alevosa y en otras accidental, pero siempre alarmante, porque la mentira se ha convertido en algo de mayor interés para las masas de las redes; al ser compartidas de inmediato, el emisor ganará un estatus de “nuevo informador” que lo privilegie sobre los demás.

Es aquí donde la realidad toma una categoría distinta para decantarse por los sucesos y las fantasías que transitan en la imaginación colectiva.

En su descripción de las noticias falsas, o *fake news*, como la base del concepto inicial de la posverdad, Esteban Illades dice que

la idea de que existe una narrativa preestablecida, que la prensa miente, que sólo informa lo que desea, ha llevado a que estadounidenses europeos e incluso mexicanos buscan noticias en otras fuentes, muchas de las cuales tienen como único objetivo generar basura para confundir al lector y lucrar con ello (Illades, 2018: 20).

Una mentira premeditada es históricamente asequible, común, y hasta podría atribuirse a la naturaleza humana, pero que esa mentira, abanderada como tal, sea coronada por encima de las verdades es una idea aterradora y que nos trae reminiscencias de nueve o diez siglos en el pasado cuando el conocimiento estaba limitado y la mayoría de la población vivía en la ignorancia y el analfabetismo. La apertura a nuevos temas y a una era de libertades ideológicas, muchas altamente loables, parece haber difuminado los límites de lo que hasta ahora el hombre ha conocido como “evidencias”, ya sean antropológicas o científicas. En este afán de absoluta participación popular en los actos políticos, artísticos o científicos, la falta de facultades o de educación no es un obstáculo para lanzar ideas si su validez es proporcional a la empatía que las masas generen con ellas y no la cantidad de metodología que las circunde: esto no significa ni de lejos que estemos en la era de las nuevas teorías, más bien es la era de las *tonteorías*.

Las sociedades de la posverdad mediática retoman una idea central del pensamiento mágico que predominó durante la Europa medieval: la percepción y refrendo de los hilos que conducen a la verdad no deberían trasgredir las directrices de las explicaciones mitológicas del mundo con una razón dogmática: “las cosas son así porque algún creador lo ha dicho”. De la misma manera, se validan las ocurrencias utilizando el argumento de la subjetividad, refiriéndose a ella como si se tratase de una entidad omnipresente que se alimenta y verifica de acuerdo con sus niveles de popularidad, tal cual sucedía con los juicios públicos de la inquisición, donde se declaraba culpable o inocente de brujería a una mujer tan solo con la aprobación o desaprobación de un líder, que a su vez era respaldada por las masas.

Así, se han tirado por cuerdas ideas científicas que hubieran sufrido el mismo destino en el medioevo, solo que ahora es imposible volver a quemar a Giordano Bruno o sentenciar a cualquiera que difiera de la verdad mediática; simplemente se les castigará con la negación de su trabajo y su presunta invalidez de. Lo más alarmante desde la perspectiva social puede ser la categorización que esto le brinda a lo antiguo: la verdad resulta tan transitoria que no puede ser aceptada si viene de mentes viejas, ya que corren el riesgo de convertirse en obsoletas y, por consiguiente, descartadas de nuestra “nueva lógica”.

4. EL MUNDO POSMEDIEVAL: ANÁLISIS PROSPECTIVO DE LA ERA DE LA POSVERDAD

El concepto de *actitud* se introdujo como una herramienta sistemática del análisis de los escritos de Thomas y Fioran Znaniecki, quienes al final de la primera guerra mundial lo definían como un proceso en el que la conciencia individual determina la actividad real o posible del individuo en un mundo social (De Fleur, 1983), y ese mundo que durante los años noventa temía brutalmente a la globalización se ha convertido en una red de estandarizaciones, de libertades a medias, ceñidas siempre a una constante necesidad de aprobación inmediata que, como consecuencia, puede suplantar a cualquier proceso, incluyendo el del conocimiento. La buena “actitud” del hombre posmoderno, ya no es crítica, pero sigue siendo social, aunque en un lapso de sólo 20 años ha pasado de ser aquella que buscaba una perspectiva del mundo libre de cuestionamientos y pensamiento lógico a una que cuestiona todo lo establecido sin conocer siquiera los motivos de la crítica. El “informador” actual, para ser vigente, no necesita verdades ni metodologías sino simpatizantes y seguidores, algo que puede ser muy problemático en un futuro.

Durante la década de los ochenta, la era de la televisión permitió que astrofísicos como Carl Sagan^[3] llevaran la divulgación científica a las audiencias de televidentes comunes, que en ese momento eran muy similares a lo que hoy conocemos como audiencias de redes sociales o internautas, pero esa divulgación masiva con esos emisores no será asequible en un futuro de continuar este tipo de prácticas de construcción social de la mentira, ya que la sociedad posmoderna encontraría cualquier hecho del pasado como algo obsoleto que debe ser modificado tal cual lo hacen los tiempos que corren: como si la ciencia se tratase de una moda reemplazable por el gusto, al mismo tiempo que el receptor devora tanta información diferente que simplemente seleccionará la que le resulte más conveniente o impactante no la que tenga una mejor estructura lógica o un sustento académico porque, al carecer de los elementos de valoración informativa, ya le es imposible entender la diferencia entre uno y otro.

Esta práctica constante de replicar cualquier información que resultara interesante sin reflexionarse, sin cuestionarse, tan solo por el hecho de haber causado empatía en el lector generaría en el futuro reacciones negativas en los usuarios de redes sociales, ya que en esa selección y validación de “nuevas informaciones” el lector se decantará por ratificar públicamente la que le parezca más novedosa e innovadora. Esto podría replicarse una y otra vez de manera infinita como si fuese un virus: no es casual que a este tipo de contenidos se les denomine *virales* y tampoco es una causalidad que muchas de ellas mueran con rapidez mientras otras surgen, como si de una carrera de relevos se tratase. Se empeñan de manera involuntaria en destruir el sistema inmune del conocimiento a pesar de ser desmentidas porque la posverdad permite al usuario decidir qué realidades le satisfacen y qué mentiras aprobará en su propio imaginario. En este sentido, la desinformación ataca más que nunca a las sociedades “más informadas”, las que viven en el privilegio de la supuesta educación y los tumba en la epidemia de la mentira, porque una mentira siempre será más interesante, más nueva y más cómoda que una verdad.

Lo anterior explica ejemplos como el hecho de que el del delito detectado y expuesto por la periodista Carmen Aristegui en 2016, donde se exhibió un plagio abierto en la tesis de licenciatura del entonces presidente Enrique Peña Nieto (Aristegui, 2016), haya sido tomado tan la ligera por la opinión pública y visto como una nimiedad: porque un robo de ideas o una mentira no resulta una injuria significativa si ésta no involucra intereses marcados por las tendencias. La mentira es tan normal que ya no se vuelve un delito, incluso en niveles profesionales o, como en este caso, a niveles de Estado.

Otro ejemplo que exhibe el problema de la desinformación que yo llamo *neomedieval*, puede ser la noticia falsa que la Fonoteca Nacional lanzó sobre una supuesta voz grabada de Frida Kahlo, que en realidad pertenecía a la actriz Amparo Arozamena y que nunca fue desmentida del todo, tanto que, aunque tiene ya cuatro años en circulación, ha prevalecido como una mentira que se ha vuelto verdadera a pesar de haber encontrado su fin en las aclaraciones de su falsedad.

¿Por qué no desmentir la información? ¿Será que a las audiencias les resulta más interesantes las mentiras que las verdades? O, quizás, la participación en las mismas las vuelve tan propias que sienten que eso les atribuye el derecho de manipularla a su gusto, como si se tratase de un escritor que confecciona su obra literaria a partir de su propia ficcionalidad. ¿La posverdad construye un nuevo mundo a partir de nuestros deseos e imaginaciones?

La pertinencia por atender a este tema no sólo es absoluta sino urgente, ya que acomoda a las nuevas generaciones de cibernautas en un analfabetismo funcional alarmante. No es un problema sencillo, ya que también discrimina sectores educativos, culturales y profesionales. Desinforman los usuarios, desinforman las empresas (notas falsas de *Forbes*, por ejemplo) y desinforman las instituciones en cualquier parte del mundo.

Como resultado, la nueva sociedad mediática niega la evolución darwiniana, la genética de Mendel, las leyes de Newton, las teorías de Copérnico y cualquier hecho trascendente con el sencillo argumento de que “es lo que nos han enseñado y debe desafiarse”, pero se desafía desde la ignorancia, desde el ego y desde la incongruencia.

El problema debería resolverse desde distintos lugares: la legislación más severa para este tipo de vejaciones al periodismo y la comunicación de masas es una de ellas. Esta idea se agudizó durante la contingencia provocada por el virus SARS-CoV-2, cuando, tras las altas campañas de desinformación, la ONU, la OMS y distintas empresas líderes en redes sociales como Facebook y Twitter, impusieron diversas penas a quien divulgara información falsa relacionada con la pandemia, que iban desde censuras, restricciones absolutas de la cuenta cibernética que poseyeran hasta multas económicas.

Hay distintos países que han impuesto penas legales a la divulgación de las noticias falsas, Alemania lo hizo en 2017 con una multa de hasta 50 millones de dólares a la plataforma que permita contenidos falsos o que difundan odio,^[4] le siguió Singapur, Reino Unido (2019), Canadá, Dinamarca, Corea del Sur y Suecia (2020) con castigos similares.

La educación en las escuelas es un punto a atender prospectivamente, donde las nuevas generaciones deberían aprender, desde niveles muy básicos, a corroborar y analizar fuentes y la importancia que esto puede tener al momento de transmitir cualquier información mediante cualquier vía.

El pensamiento medieval, entendido como la magia por encima de la razón, no debería ser el pensamiento determinante en una sociedad que pretende evolucionar en su dimensión lógica.

En el prólogo de su vasta compilación histórica sobre la Edad Media, Umberto Eco la define como “una era donde el hombre vivía en un cosmos parlante, y estaba dispuesto a escuchar la palabra de Dios incluso en el susurro de una hoja” (Eco, 2015: 38). Infiere, así, la categoría que hoy conocemos como *pensamiento mágico*: la manera primigenia de encontrar el conocimiento buscándolo en prácticamente cualquier cosa que viniera de la imaginación, pero Eco no se queda ahí, puesto que también habla de la “verdad medieval” cuando describe claramente que el pensamiento del siglo XII tenía un sentido diferente para percibir y calificar la autenticidad, ya que bastaba con mencionar el hecho para creerlo. Por tanto, el hombre medieval no conceptualizaba la filología de la autenticidad como un hecho que requiriera pruebas o metodología, sino que bastaba con mirar quién enunciaba el juicio y a quién se le atribuía; por lo tanto, según el investigador italiano, era auténtica la interpretación que afirma que lo que el intérprete cree, es verdadero.

Claramente, esta forma de pensamiento es muy parecida al fenómeno mediático actual, donde es el líder de opinión (*influencer*),^[5] quien, basado en su imaginación y explicaciones mágicas, describe hechos y señales que son autenticadas por la opinión pública por el simple hecho de ser emitidos desde su juicio: el *ad hominem* pervertido, donde no se ataca al emisor por el simple hecho de ser él, sino que se construye una verdad psicótica a partir del mismo.

¿No es eso un pensamiento basado en una lógica medieval? Como consecuencia tenemos presidentes que afirman que el calentamiento global es un mito, corrientes y agrupaciones enteras que dicen que el hombre no pudo venir del mono, que la tierra es plana, que la luna no existe o que la pedofilia es una preferencia sexual mucho más que una violación humana y audiencias que encuentran verdad en dichas declaraciones abanderándolas como “novedades” o “información que evidencia grandes conspiraciones”.

¿Contra qué está luchando la gente? ¿Contra la opresión? ¿Contra el sistema o contra su propia realidad? Con esa realidad que, al no dejarles satisfechos, les hace abrazar y defender a ultranza el mundo de la mentira.

En esta segunda Edad Media la ciencia es descartada y condenada para ser suplantada por teorías de conspiración, que surgen de la nada, como rumores o mitos que las redes sociales y la opinión pública fomenta y valida por el simple hecho de ser atractivas.

Para Jacqueline Fowks, la posverdad es un eufemismo de la mentira y tiene dos mecanismos imperantes:

- 1.-Los mensajes masivos con componentes de falsedad se imponen y conducen las decisiones políticas y económicas.
- 2.-Los medios y la ciudadanía detectan las imposturas, las exponen y, entonces, aligeran el impacto o la influencia de la difusión de contenidos maleados (Fowks, 2017: 29).

Pero me atrevo a enumerar un tercer mecanismo, que se acrecienta cuando la ciudadanía no quiere saber si la mentira lo es o no, tal cual ocurría en la inquisición, se vuelve fundamental el hecho de mantener la farsa, aún conscientes de que lo es, porque el escarnio ante la calumnia causa mayor temor que saber que uno asumió la falsedad de la acusación y la dio por buena.

Durante la Inquisición, una bruja sentenciada a la hoguera no corría con la suerte del arrepentimiento de sus enjuiciadores: una vez que su culpabilidad, basada en meras intuiciones, era declarada, no había marcha atrás.

Esta narrativa irreversible que repite una verdad una y mil veces es propia de un pensamiento mágico que espera que pronto se convierta en “un niño de verdad” como en la historia de Carlo Collodi o como le llaman los posmodernos de la oración: “Ley de atracción”.^[6]

El desconocimiento pareciera ser la virtud que permite construir “conocimiento nuevo, moderno”, contrapuesto a siglos y siglos de pensamiento intelectual con la diferencia enorme de que ahora no está oculta por ningún lado, sino que se encuentra expuesta a la vista de todos y aun así se niega de nuevo, al igual como ocurría en los altos tribunales inquisidores.

CONCLUSIONES: DE PERSONA A PERSONA

¿La comunicación de redes está cambiando tanto como para transferir nuevas pestes de la desinformación? ¿Quién emite los mensajes? ¿Los portales noticiosos ya no tienen periodistas sino creadores de contenidos? Por consiguiente, llamarle de esa manera a su información en lugar de “noticias” les quita toda responsabilidad para con ellas.^[7]

Wolf sostiene que ha influido también en el modelo comunicativo informacional que, al enfatizar el estudio del mensaje y de sus efectos, supone un profundo descuido en estudiar a los comunicadores. Ello explica, por tanto, que la importancia del estudio sobre los emisores vaya precisándose a medida que se superan estos dos factores: paralelamente al reconocimiento de la centralidad social de los medios y al cambio lento y no definitivo de la teoría comunicativa (Wolf, 1987); los emisores, que ahora son máquinas de opiniones denominados *influencers*, tienen la autoridad para enjuiciar todo lo que desconocen y es la empatía con las masas la que le otorga el micrófono. Esa autoridad valida sus juicios: estén o no informados, gozan de profunda credibilidad y son los nuevos contrincantes del conocimiento lógico.

¿No es eso muy parecido a lo que sucedía con los líderes religiosos en los juicios de la inquisición? En la Iglesia católica siempre ha sido incuestionable la opinión de cualquier autoridad eclesiástica, y no por las pruebas que presente para argumentar sus ideas sino por la aprobación empática que corona su virtud: creer en sus postulados, más que un acto de consciencia, es un acto de fe.

La utopía de los pensadores que infortunadamente vivieron en el medioevo no es más la realidad que se vislumbra; esa realidad de libertad de ideas y reinos donde la razón se anteponía a cualquier juicio gratuito e intuitivo.

¿Qué sucedió con ella? ¿Qué pasaría si los pensadores que descubrieron las bases científicas con las que nos regimos se enterasen de que la gran utopía del conocimiento se convertiría en una nueva cacería de brujas en donde la ciencia sería nuevamente criminalizada, tratada como mito, como mentira, como adoctrinamiento falso y dañino que debe ser eliminado y sustituido por ideas mágicas o lógica sin fundamento? ¿No es eso lo que pensaba la Iglesia medieval de la ciencia y la lógica hace más de mil años? ¿En qué momento volvimos ahí? ¿En qué momento nos sumergimos en un nuevo oscurantismo disfrazado de libertad? ¿Podremos salir de él?

El validar cualquier punto de vista, por ridículo que sea, nos lleva a la mayor anarquía y caos intelectual de la historia moderna: donde dos más dos no son cuatro, sino que también pueden ser cinco o siete dependiendo del punto de vista de quien haga la suma. ¿Qué más da? Todo puede ser. El sol puede ser una estrella, un dios, un planeta, una leyenda urbana o una conspiración del gobierno. No hay que estudiar nada, simplemente proponer cosas desde la imaginación, como hizo la Iglesia medieval cuando planteó el terraplanismo, y así conseguir “fieles” que nos crean y luchen a ultranza por la nueva posverdad, porque “tenemos derecho a construir nuestra innovadora explicación del mundo”.

En esta era, la tierra puede ser redonda, cuadrada o triangular y los tres puntos deben de ser válidos o de lo contrario estamos censurando, atacando y sesgando paradigmas. Negar la posibilidad de que la luna sea de “queso” nos convierte ahora, en seres nefastos que son abortados de esta nueva sociedad alegre, felizmente habitante de un mundo que niega su propia realidad.

Podemos hablar de grandes conspiraciones mundiales a partir de fuentes videos de YouTube haciéndolos pasar por ultrasecretos sin plantearnos un segundo que la plataforma misma decide qué permite publicar y qué no, y que si fuese información ultrasecreta, no estaría jamás a la vista. Se cree que se publica en un ambiente de total libertad cuando la verdadera prisión está en creer que esas mentiras son nuestras ideas exclusivas y genuinas.

Es entonces cuando no encuentro demasiada diferencia entre la Edad Media y ésta nueva era, salvo que ahora ya no es la Iglesia la que pone los grilletes por la fuerza sino son las personas las que se los colocan a sí mismos, convencidos de que los candados de la estupidez y la ignorancia a los que se han ceñido, también son una conspiración contra su libertad.

En esta nueva era, el fuego de Prometeo se ha extinguido. Reina el individualismo, el hedonismo y el narcisismo primario disfrazado de deseos de éxito. ¿Qué es el éxito? ¿Ser un “emprendedor”? Categoría económica que hoy se divulga para convertir cualquier idea ridícula en un negocio redituable que nos brinde bienes individuales. Los grandes ejemplos de la juventud son personas que han logrado ser empresarios implacables, pero sigue sin entenderse que cualquier empresa multimillonaria ha logrado serlo debido a que ha explotado y violado los derechos humanos de miles de personas, pero ¿qué importan ahora los derechos humanos? Las únicas causas por las que vale la pena luchar son aquellas que beneficiarán a nuestro círculo social, a nuestro grupo de amigos. No hacen falta “emprendedores”: hacen falta humanistas, ecologistas, jóvenes que piensen en un bien común y no en un enriquecimiento personal, pero, sobre todo, que no nieguen las verdades.

A la opinión pública le resulta más fácil vivir en la psicosis del autoengaño, de corregir mediante ésta, la propia, y así atropella siglos de ciencia y conocimiento académico.

El mundo está afuera, la realidad también, y estamos viviendo el sueño de la información, de la libertad... el paraíso del conocimiento no es aquí en este nuevo “edén” del conocimiento, donde el ser humano es incapaz de soportar tanta maravilla y decide, de una vez por todas, involucionar hasta perder todo rasgo de razón. Regresamos al mito donde, esta vez, Adán y Eva han tirado la manzana por un precipicio.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al doctor Juan Carlos Leal por confiar en mí. Asimismo, a la revista *CIENCIA ergo-sum* y a Jorge Ramírez, su Jefe Editorial, por estar en constante comunicación conmigo, así como también a los árbitros que me apoyaron con sus valiosos comentarios y correcciones para la mejora constante de este artículo.

REFERENCIAS

- Aristegui, C. (2016). *Peña Nieto: de plagiador a Presidente*, *Aristegui noticias*. <https://aristeguinoicias.com/2108/mexico/pena-nieto-de-plagiador-a-presidente/>
- Bagú, D. (2019). Tierra plana, posverdad y sus peligros inherentes. *Investiga*. Universidad Nacional de la Plata. <https://investiga.unlp.edu.ar/opinion/tierra-plana-posverdad-y-sus-peligros-inherentes-14596>
- Benedictow, O. J. (2020). *La peste negra (1346-1353)*. *La historia completa*. Akal.
- Chartier, R. (1985). *Historia de la vida privada 3: del Renacimiento a la Ilustración*. P. Ariès y G. Duby (comp.). Taurus.
- Corsi, P. (2015). *La Edad Media II. Catedrales, caballeros y ciudades*. H. Eco. (coord.). México: Fondo de Cultura Económica.
- De Fleur, M. L. Ball-Rokeach, S. (1983). *Teoría de la comunicación de masas*. Barcelona: Paidós comunicación.
- Duby, G. (2005). *Historia de la vida privada volumen 2: De la Europa feudal al Renacimiento*. G. Duby y P. Ariès (direc.). Taurus.
- Eco, U. (comp.). (2015). *La Edad Media I. Bárbaros, cristianos y musulmanes*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fowks, J. (2017). *Mecanismos de la posverdad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Illades, E. (2018). *Fake news*. México: Grijalbo.
- Sartori, G. (1997). *Homo Videns. La sociedad teledirigida*. España: Taurus.
- Strano, G. (2015). *La Edad Media II. Catedrales, caballeros y ciudades*. U. ECO. (comp.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Wolf, M. (1987). *La investigación de la comunicación de masas: crítica y perspectivas*. España: Paidós.

NOTAS

- [1] Las nuevas ideas terraplanistas se han publicitado en redes sociales desde 2006, y se ofrecen conferencias y convenciones a manera de sectas por todo el mundo.
- [2] Noticia recuperada de los medios de comunicación en agosto de 2022. Y que se puede verificar en el siguiente enlace: <https://www.sinembargo.mx/13-08-2022/4237274>
- [3] La serie televisiva *Cosmos*, concebida por Sagan, se transmitió de septiembre a diciembre de 1980 y se componía de diez episodios de más de una hora de duración.
- [4] El resumen de las penas se ha publicado en varios diarios, por ejemplo en la edición de El Sol de México, emitida en 1 de junio de 2022 y disponible en <https://www.elsoldemexico.com.mx/analisis/como-se-combaten-las-fake-news-5374864.html>
- [5] Definido como una persona con actividad en redes sociales cibernéticas que posee miles de seguidores.
- [6] La *ley de atracción* es un concepto que se utiliza por los llamados *programadores neurolingüísticos* y no tiene nada que ver la física sino con la magia, ya que dicta que decretar o mencionar varias veces algo hace que una extraña conspiración energética lo atraiga a ti: básicamente es como cumplir un deseo desde la magia de la repetición.
- [7] A partir de 2018, en Malasia, esparcir una noticia falsa puede acarrear una multa de hasta 123 000 dólares. Por eso, muchos portales evaden su responsabilidad llamando *contenido* a su trabajo, en lugar de *noticia*. Disponible en <https://www.bbc.com/mundo/noticias-43628414.amp>